

SIMÓN BOLÍVAR:
LA OPORTUNIDAD DE HISPANOAMÉRICA EN
EL GENERAL EN SU LABERINTO

Montserrat Iglesias Berzal*

RESUMEN: Este artículo estudia *El general en su laberinto*, de Gabriel García Márquez, como una obra clave para entender las preocupaciones ideológicas del escritor colombiano a finales de los años ochenta. Mediante criterios narratológicos la autora analiza la obra y llega a la conclusión de que el texto interpreta la Independencia como el primer intento fracasado de unir toda Hispanoamérica en una sola nación. La imagen de Simón Bolívar en la novela depende plenamente de esta idea principal, y el artículo defiende que García Márquez pretende construir un mito que ayude a la reactualización constante del esfuerzo unificador.

PALABRAS CLAVE: Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*, Simón Bolívar, Unidad hispanoamericana.

ABSTRACT: This article explores *The General in His Labyrinth*, by Gabriel García Márquez, a key work to understand the ideological questions to which the Colombian writer gave special attention during the late eighties. This paper is analyzed through narratological criteria, and the author comes to the conclusion that the text explains Independence as the first unsuccessful attempt to unify all Latin America into one single nation. The Simón Bolívar character in the novel depends on this main idea, and the author states that García Márquez wants to create a myth to update the continuing unifying efforts.

KEY WORDS: Gabriel García Márquez, *The General in His Labyrinth*, Simón Bolívar, Latin America unity.

Durante la primavera de 1989 se produjo el lanzamiento editorial de *El general en su laberinto*,¹ la única novela histórica que hasta hoy ha

* Universidad San Pablo-CEU, Madrid (monigles@hotmail.com).

¹ Para este trabajo he utilizado la primera edición del texto: Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*, Madrid, Mondadori, 1989, 286 pp. Para evitar la proliferación inútil de notas, las páginas de las citas de la novela se encontrarán entre paréntesis y detrás de la cita correspondiente.

publicado Gabriel García Márquez. Aunque en los primeros meses la obra tuvo la misma repercusión que desde 1968 han obtenido todas las publicaciones de García Márquez, y a pesar de que aparecieron innumerables reseñas críticas en prensa generalista y en revistas especializadas, tanto del mundo hispánico como del anglosajón y francófono, la novela ha preocupado mucho menos a los filólogos que otras manifestaciones creativas del autor hispanoamericano.

Este relativo silencio ha permitido que se obviara la importancia de este texto como esclarecedor de las posiciones ideológicas del Nobel colombiano. No se trata de volver a la aburrida, inútil y reiterada discusión sobre si García Márquez es comunista o no, o si ha defendido justa o injustamente el régimen de Fidel Castro.² No deseo valorar la postura del escritor como personaje público, sino reflexionar sobre el hecho de que *El general en su laberinto* revela la esencia de una de las preocupaciones clave de la creación garciamarquiana: el problema de América.

El escritor colombiano ha caído alguna vez en la trampa de intentar conciliar literatura y política, con resultados tan poco gloriosos como *La mala hora* (1962). Sin embargo, ha sido siempre plenamente consciente de que esa unión es tan poco sincera como la de un matrimonio de conveniencia:

Las personas de temperamento político, y tanto más cuanto más a la izquierda se sientan situadas, consideran un deber doctrinario presionar a

² Esta polémica no ha llegado a interesar ni al propio García Márquez, a quien no le preocupa contradecirse cuando trata estas cuestiones. En una nota de prensa del 10 de noviembre de 1982 “USA: mejor cerrado que entreabierto” niega su pertenencia al Partido Comunista (se puede encontrar en la recopilación Gabriel García Márquez, *Notas de Prensa. Obra periodística (5)*, Barcelona, Mondadori, 1999, p. 405). Sin embargo, en la entrevista que se había publicado en forma de libro ese mismo año de 1982 con el título *El olor de la guayaba*, afirma todo lo contrario: “A los veintidós años formé parte de una célula, por poco tiempo, en la que no recuerdo haber hecho nada de interés. No fui un militante propiamente dicho, sino un simpatizante”, en Gabriel García Márquez y Plinio Apuleyo Mendoza, *El olor de la guayaba*, Barcelona, Mondadori, 1994, p. 124.

los amigos escritores en el sentido de que escriban libros políticos. [...] La literatura, suponen [...], es un arma poderosa que no debe permanecer neutral en la contienda política [...]. Acaso sea más valioso contar honestamente lo que uno cree capaz de contar por haberlo vivido que contar con la misma honestidad lo que nuestra posición política nos indica que debe ser contado, aunque tengamos que inventarlo.³

Pese a todo, no es posible desligar al autor literario de sus convicciones, como él mismo hizo constar en una nota de prensa de comienzos de los años ochenta: “Cometen un error de principio: soy un hombre indivisible, y mi posición política obedece a la misma ideología con que escribo mis libros”.⁴

Para descubrir esta unidad del hombre que piensa políticamente con el hombre que crea literariamente, acudiré a la ayuda que ofrece la obra periodística de nuestro autor. De hecho, el periodismo en la creación del caribeño podría considerarse el punto de unión necesario entre realidad y ficción. E incluso podríamos decir que *El general en su laberinto*, dentro de la triada realidad-periodismo-literatura, se encontraría en la intersección de los dos últimos elementos. El periodismo es un reflejo de la realidad objetiva, y la obra garciamarquiana de ficción no ha estado nunca tan cerca de esa realidad como en *El general en su laberinto*.

Además, el poder y, en consecuencia, la política se han asentado en la obra de García Márquez como elementos constantes y plurisignificativos. Por lo pronto, la obra del colombiano está poblada de militares y de personajes que ostentan o detentan algún tipo de poder. Ocurre así en *La hojarasca* (1955), en *El coronel no tiene quien le escriba* (1961), en *La mala hora* (1962), en varios cuentos de *Los funerales de la Mamá Grande* (1962) (“Un día de estos”, “La viuda de Montiel”, “La siesta del martes”,

³ Gabriel García Márquez, “Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia”, *La calle*, núm. 103, Bogotá, 9 de octubre, 1959, pp. 12-13, en Gabriel García Márquez, *De Europa y América. Obra periodística (3)*, Madrid, Mondadori, 1992, pp. 561-562.

⁴ Gabriel García Márquez, “Punto y final de un incidente ingrato”, 8 de abril de 1981, en García Márquez, *Notas de prensa. Obra periodística (5)*..., p. 116.

“En este pueblo no hay ladrones”, “La prodigiosa tarde de Baltazar” y el extraordinario relato “Los funerales de la Mamá Grande”), en *Cien años de soledad* (1968), en *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada* (1972) encontramos cuentos con menciones explícitas a la política (“Muerte constante más allá del amor”, “Blacamán el bueno, vendedor de milagros” y “La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada”) o a las venidas mesiánicas (“Un señor muy viejo con unas alas enormes” y “El ahogado más hermoso del mundo”), en *El otoño del patriarca* (1975); y, por último, en “Buen viaje, señor presidente” de la colección de relatos cortos *Doce cuentos peregrinos* (1992). De todas estas figuras se nutre el Bolívar de *El general en su laberinto*, como bien señalan críticos como Carrascosa.⁵

La obra periodística, bien mediante la reflexión seria o a través de su inmenso anecdotario, también se preocupa por las luces y las sombras del poder “total”. Pero, dejando a un lado otro tipo de cuestiones, lo que más me interesa en este momento son las notas de prensa y los reportajes de los años setenta y ochenta, ya que hacen explícitos dos aspectos imprescindibles para el análisis de *El general*. En primer lugar, llama la atención que García Márquez sólo haga semblanzas de personajes poderosos (política o militarmente) por los que siente simpatía: Edén Pastora, Torrijos, Bateman, Jack Lang, Teodoro Petkoff, Ernesto “Ché” Guevara, etc.⁶ Y, en segundo lugar, estos textos se redactan desde la óptica del

⁵ Pablo Miguel Carrascosa, *El general en su laberinto*, Gabriel García Márquez, Madrid, Castalia, 1989, p. 30.

⁶ Véanse “Edén Pastora” (22 de julio de 1981); “Torrijos” (12 de agosto de 1981); “Felipe” (5 de enero de 1983, sobre Felipe González); “Bateman” (27 de julio de 1983); “Jack, el desmesurado” (17 de agosto de 1983); “Teodoro” (9 de noviembre de 1983). Todos ellos en García Márquez, *Notas de prensa. Obra periodística* (5)... En cuanto a los reportajes se muestra interés por el mismo tipo de personajes: “Torrijos, cruce de mula y tigre” (agosto de 1977); “Los meses de tinieblas – El Ché en el Congo” (octubre de 1977); “De mis memorias: visita al Papa” (noviembre de 1986); “El amargo abril de Felipe” (noviembre de 1994. Otra vez sobre Felipe González), etc., en Gabriel García Márquez, *Por la libre. Obra periodística* (4), Barcelona, Mondadori, 1999, 336 pp.

poderoso, por lo que el tono resulta exculpatorio, incluso cuando existe un esfuerzo para que no ocurra así.⁷

Sin embargo, en *El general* hay un interés que trasciende la preocupación por el poder. García Márquez elige a Bolívar no sólo por su atrayente perfil de caudillo, sino también porque es un símbolo del problema de Hispanoamérica. Señala Méndez, entre otros, que lo que esta novela enfatiza no son las acciones del militar y el político, sino la lenta agonía de Simón Bolívar, el “Libertador de Hispanoamérica”. Al destacar la enfermedad del Libertador sobre sus proezas militares y políticas, el novelista quiere rescatar la dimensión humana de su personaje, no sólo para desmitificar su figura épica sino también para, a través del retrato de su humanidad, llevar a cabo una reflexión literaria sobre el proyecto abortado de la unidad de América y sobre la violencia y el subdesarrollo secular de la “patria bolivariana”. El investigador indica que la intención de Márquez es ofrecer al lector el origen de las miserias de Hispanoamérica: “García Márquez reinserta el proyecto bolivariano en la América contemporánea y, aunque lo declara muerto e irrealizable por los que han usurpado la memoria del Libertador, lo propone nuevamente como meta para las masas y los sectores populares de América Latina”.⁸ De todo ello hablaré ampliamente a lo largo del artículo, pero quiero destacar aquí que la presente novela aborda tales temas porque el novelista caribe está convencido de que son silenciados por el sistema establecido. Las notas de prensa lo dejan claro: hay que contar aquello que las democracias capitalistas ocultan,⁹ y, en particular, se deben denunciar “los peligros que amenazan la soberanía y la identidad cultu-

⁷ Véase Gabriel García Márquez, “El cuento de los generales que se creyeron su propio cuento”, en *Notas de prensa. Obra periodística (5)*..., p. 58.

⁸ José Luis Méndez, *Cómo leer a Gabriel García Márquez: una interpretación sociológica*, Río Piedras, Editorial Universidad de Puerto Rico, 1992.

⁹ Gabriel García Márquez, “La comisión de Babel”, 21 de noviembre de 1980, en García Márquez, *Notas de prensa. Obra periodística (5)*..., pp. 49-51. También en “La realidad manipulada”, 6 de enero de 1981, *ibid.*, pp. 250-253; “269 muertos”, 14 de septiembre de 1983, *ibid.*, pp. 549-552; “¿Qué pasó con Granada?”, 23 de noviembre de 1983, *ibid.*, pp. 586-589.

ral de nuestras naciones”.¹⁰ Y, ¿cuáles son esos peligros según García Márquez?: la miseria, la violencia¹¹ y, sobre todo, la desunión entre los diferentes pueblos del subcontinente, que permite la larga sombra de un nuevo colonialismo: el de Estados Unidos.¹²

LA UNIDAD DE HISPANOAMÉRICA EN LA ESTRUCTURA DE
EL GENERAL EN SU LABERINTO

Ciñéndome sólo a las sugerencias de posibles hipotextos e hipertextos, no podría dar una conclusión tajante de lo que quiere transmitirnos el texto literario. Hay que centrarse en su realidad inmanente para sacar conclusiones ciertas de su contenido.¹³

¹⁰ Gabriel García Márquez, “300 intelectuales juntos”, 16 de septiembre de 1981, *ibid.*, p. 196. Durante los primeros ochenta escribió numerosos artículos en los que denunciaba las políticas de Reagan respecto a Hispanoamérica, este es, en parte, uno de esos comentarios.

¹¹ Sobre todo enfocada en la situación de Colombia: Gabriel García Márquez, “¿Quién le teme a López Michelsen?”, 7 de octubre de 1981, *ibid.*, pp. 205-208; “¡Manos arriba!”, 23 de marzo de 1983, *ibid.*, pp. 460-462; “¿En qué país morimos?”, 31 de agosto de 1983, *ibid.*, pp. 541-544; “El embrollo de la paz”, 14 de diciembre de 1983, *ibid.*, pp. 595-597.

¹² Gabriel García Márquez, “Mr. Enders atraviesa en espejo”, 8 de julio de 1981, *ibid.*, pp. 157-160; “48 horas en Cancún”, 28 de octubre de 1981, *ibid.*, pp. 216-219; “Nicaragua entre dos sopas”, 25 de noviembre de 1981, *ibid.*, pp. 226-228; “Polonia: verdades que duelen”, 30 de diciembre de 1981, *ibid.*, pp. 246-249; “EEUU: Política de suposiciones”, 24 de marzo de 1982, *ibid.*, pp. 288-290; “Sí, ya viene el lobo”, 2 de febrero de 1983, *ibid.*, pp. 438-441; “Bishop”, 26 de octubre de 1983, *ibid.*, pp. 572-574; “Un tratado para tratarnos mal”, 28 de septiembre de 1983, *ibid.*, pp. 557-560.

¹³ He utilizado para el análisis de la obra criterios fundamentalmente narratológicos. En el cuerpo del artículo el lector podrá reconocer con bastante facilidad terminología y conceptos de Gerard Genette de sus obras *Figuras III*, Madrid, Editorial Lumen, 1989, 338 pp., y *Nuevo discurso del relato*, Madrid, Cátedra, 1998, 117 pp.; Mieke Bal de su obra *Teoría de la narrativa (una introducción a la narratología)*, Madrid, Cátedra, 1995, 164 pp.; Roland Barthes de *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós Comunicación, 1997, 352 pp. y María del Carmen Bobes, *Teoría general de la novela*, Madrid, Gredos, 1985, 395 pp.

El estudio de la novela permite plantear muchas sugerentes reflexiones. Por las obligaciones que imponen la concisión y la claridad, me limito a comentar el que creo que es el verdadero tema de la novela y cómo queda constituido el personaje de Bolívar en función de dicho tema.

Anhelo de unidad en el esquema de la historia

Parecería lógico que en *El general en su laberinto* el orden de los estratos del texto correspondiera al que tiene un libro convencional de historia:

Historia (contenido del texto) - Narración (enunciación del texto)
- Relato (el texto)

García Márquez juega con la suposición de que estamos ante la historia real de Simón Bolívar y de que un narrador, en el papel de historiador documentado, cuenta esta historia tal y como ocurrió. Muchos lectores, confundidos por las afirmaciones del autor¹⁴ y por sus propias expectativas, leyeron *El general en su laberinto* en clave de biografía histórica. Nada más lejos de la verdadera intención del texto. La historia de *El general* no es un trasunto de la biografía de Simón Bolívar, ni siquiera se trata de una biografía novelada. Estas páginas son una obra de ficción que pretende trasladar al lector una interpretación personal de la “gesta bolivariana”.

Cuando estudiamos la materialidad del texto, se observa que aunque teóricamente historia, narración y relato sean entidades independientes, no se puede sacar ninguna conclusión sin tener en cuenta sus interrelaciones. Acudir a la estructura del relato de *El general* demuestra que el esquema de la historia no sigue un orden lógico de tipo cronológico-secuencial como lo haría una biografía (Bolívar nace y se forma – Bolívar

¹⁴ Entre los elementos paratextuales el colombiano incluye un apartado de “Gratitudes” en el que cita abundantísimas fuentes bibliográficas y documentales. Esto otorga a las páginas la consideración de exactitud y objetividad propias de narraciones científicas.

lidera la Independencia – Bolívar fracasa y muere); ni siquiera remite al último periodo de la vida del Libertador (Bolívar quiere salir de América – Bolívar viaja hasta la Costa para salir de América – Bolívar no puede salir de América). Al contrario, el encadenamiento de la historia no remite a hechos concretos sino a objetivos abstractos: Bolívar quiere conseguir la unidad de América – Bolívar lucha para obtener la unidad de América – Bolívar no logra la unidad de América. Empezando por la historia, y hasta el último constituyente de la novela, lo que importa en *El general en su laberinto* no es lo que se cuenta, sino el espíritu de lo que se cuenta. Eso es lo que intentaré demostrar en las páginas que siguen.

En primer lugar, hay que partir del hecho de que el dominio temporal de la novela abarca toda la trayectoria vital de Bolívar. Sin embargo, la obra no es una biografía porque, de todo ese marco temporal, sólo se seleccionan los momentos en los que la unidad hispanoamericana y/o su destrucción son factores significativos.

Esta selección se realiza a partir del espacio temporal del relato primario: el viaje que, en los últimos meses de su vida, emprende un Simón Bolívar enfermo y desengañado con la intención de marcharse a Europa. Desde este punto, se rememoran algunos pasos anteriores del Libertador con un doble objetivo: hacer más una semblanza psicológica e ideológica del general que una veraz recopilación de los momentos fundamentales de su vida, y centrarse en los detalles de la aspiración unitaria de Bolívar y no tanto en los procesos históricos de la Independencia y los movimientos políticos posteriores.

Es evidente que se novelan instantes imprescindibles para la historia de la Independencia, pero todos ellos están relacionados con la idea de unidad: o remiten a la gestación de la unidad hispanoamericana, como la estancia de Bolívar en Kingston en 1815; o justifican, en nombre de tal unidad, acciones de Bolívar que produjeron gran malestar, como el fusilamiento del líder Manuel Piar (pp. 232-234); o se refieren a los acontecimientos que desbarataron poco a poco el sueño bolivariano, como la enemistad con Santander y el golpe de septiembre de 1828 (pp. 60-64).

Para conseguir los objetivos ideológicos de la novela se utilizan analepsis, pero aún más importantes que éstas son los sumarios analépticos. Poseen una doble función: dan coherencia a la historia, que deja de parecer un conjunto de piezas deslabazadas, y, permiten al narrador, por el poder que le confiere su omnisciencia, ofrecer un juicio terminante sobre la figura de Bolívar como único hacedor de la Independencia y como elevado ideólogo de la unidad.¹⁵

Los posibles partidarios de una biografía “literaturizada” podrían objetar que, aprovechando las licencias poéticas, el autor habría dado a su relato un orden y una interpretación subjetivas, ¿pero, cómo compatibilizar el hecho de la biografía con las inmensas elipsis temporales? Desde la fecha de su nacimiento hasta 1815 apenas hay menciones a sus dos viajes a Europa y a su tempranísima orfandad y viudez. Los acontecimientos bélicos prácticamente se obvian, y se prefiere la anécdota táctica al planteamiento estratégico. También su actividad política está mermada. Por ejemplo, desde la primera lectura de *El general* me sorprendió que, dada la importancia de la unidad americana en el trasfondo de la obra, no apareciera una glosa clara del Congreso de Panamá de 1826. Por el contrario, hallamos perfectamente descrita una fiesta celebrada en Lima unos meses antes, en la que se agasajó con boato y alegría desbordada al personaje. Al intentar entender tal contradicción, encontré un nuevo argumento que explicaría las mencionadas carencias: el propio estilo de García Márquez. Una de las características recurrentes de cualquier texto literario garciamarquiano estriba en un sistema de manipulación del relato que sitúa fuera del texto los acontecimientos relevantes para la historia. Este recurso, que García Márquez utiliza magistralmente, pretende que el lector realice un trabajo de gradación: si el hecho insignificante que se cuenta fue así, el hecho importante que no se cuenta tuvo que ser extraordinario.

¹⁵ La limitación del espacio impide que se reproduzcan aquí numerosos ejemplos de “sumarios vitales”. Propongo al lector el ejercicio de acudir a dos de ellos: el primero en las páginas 55-56, en el que se sintetiza lo ocurrido de 1815 a 1820; y el segundo en las páginas 104-105, donde se produce una interesante mezcla de tiempos que abarca de 1810 hasta 1830.

Los reticentes a ver en la historia un eje estructural temático y que, a pesar de reconocer los anteriores planteamientos, quisieran probar que el esquema de la novela es narrativo-secuencial, apoyarían la posibilidad de que el libro no desarrollara una biografía de Bolívar sino una parte de esa biografía: los últimos meses antes de su muerte. Para demostrar tal hipótesis, subrayarían la importancia en la novela del viaje de Bogotá a la Costa, y las propias declaraciones de García Márquez en las “Gratitudes” y en numerosas entrevistas. Pese a que irían mejor encaminados que los que postularan la existencia de una biografía completa, la parcialidad de las anasiconías frustra tal suposición.¹⁶ Los cambios de velocidad del relato, además de ser un artificio rítmico, se erigen como decisiones interpretativas del narrador.

Externamente *El general en su laberinto* resulta bastante rígido: divide las 250 páginas en ocho bloques prácticamente idénticos en su número de folios (35, 29, 30, 31, 31, 29, 31, 34), pero cada fragmento tiene distintas duraciones temporales. En los tres primeros capítulos, que apenas abarcan diez días de la vida del general, el relato se mueve con mucha parsimonia, pues se quiere dejar claro que Bolívar está destrozado y enfermo, y que la sociedad es insensible a sus glorias pasadas y a sus pesares presentes. Pero a partir del capítulo cuarto el tiempo se acelera y se hace cada vez más indeterminado. El ritmo sólo decrece cuando quieren destacarse comportamientos que presentan la catadura moral de Bolívar, de sus colaboradores y de la sociedad que los rodea, y, aún más importante, la velocidad se serena ostensiblemente en el fragmento séptimo al narrar los días en los que llega al poder Urdaneta y se traza el plan de recuperación de la unidad.

La aceleración progresiva de la historia, la elisión de semanas e incluso meses, junto al detenimiento moroso en algunos momentos

¹⁶ No obstante, aunque la circunstancia temporal no existiera, un esquema apoyado en el último viaje de Bolívar sería conceptualmente muy endeble, ya que habría que cambiar tres veces el motivo por el que se frustra la actualización: por un capricho; por una nueva circunstancia política; y por la muerte del personaje.

concretos, vuelven a confirmar la idea defendida desde el comienzo de este epígrafe: el esquema de la historia no responde a una serie de hechos sino al tema del esfuerzo por la unidad hispanoamericana.

La construcción del personaje en la novela

Todo texto literario es, por naturaleza, plurisignificativo, y desde luego no propongo una explicación única para el contenido de *El general en su laberinto*. Mi deseo es demostrar que la mayoría de los elementos que configuran el texto y las interrelaciones que se producen entre ellos intentan dar al lector una valoración positiva del sueño de unidad hispanoamericana. En ese contexto, la construcción del personaje Simón Bolívar es una pieza fundamental del *puzzle* garciamarquiano.

Estas páginas se esfuerzan por parecer objetivas y, de hecho, no ceden a la deificación del personaje, sino que muestran las dos caras de un individuo torturado y contradictorio, que no tiene relación alguna con la imagen de cónsul romano que se ha intentado transmitir de él (p. 186). Tras una primera lectura superficial, se puede concluir que la línea de la balanza permanece completamente equilibrada. Por ejemplo, se destaca que sus sacrificios económicos en favor de la Independencia y de la unidad le han conducido a la pobreza material, pero, a renglón seguido, aparece como un ser irascible y caprichoso que no soporta las críticas; se señala su valentía en el campo de batalla y su gallardía en el trato con sus semejantes, a la vez que surge sin tapujos su carácter desmesurado y arbitrario. Sin embargo, el lector, al terminar la novela, percibe que se ha quedado con una valoración positiva del general: “se consigue que, aunque objetivamente el General fuera, si no un tirano, un ególatra, egoísta y orgulloso, subjetivamente el lector lo admire y comprenda, e incluso se ponga de su parte”.¹⁷ Esta última afirmación es posible gracias a que en el texto dominan los indicios sobre las funciones.

¹⁷ Carrascosa, *op. cit.*, p. 30.

Como se ha visto en el epígrafe anterior, el esquema de la historia no se estructura con las acciones de Bolívar sino con la capacidad cohesionadora del espíritu de estas acciones. Además, las funciones cardinales carecen de fuerza porque casi nunca llegan a buen fin, ni se refieren a los momentos fundamentales de la historia. Por lo tanto, es normal que el juicio sobre el personaje no se configure gracias a los actos que se narran sino a la descripción desarrollada durante toda la obra. En virtud de esto, la impresión que deja el Libertador de García Márquez es la de un ser entrañablemente enfermo e injustamente fracasado.¹⁸

Estas descripciones explícitas son muy numerosas en la novela, pero, por si esto no fuera suficiente, acompañan al personaje indicios transmisores de desolación y tristeza que se convierten en recurrentes *leitmotifs*: por ejemplo, el hecho de que llueva en todos los lugares por los que pasa el general, o que éste siempre tenga que ir arropado con mantas debido a una continua sensación de frío.

La referencia a sus penurias físicas obtiene la *captatio benevolentiae* del lector, pero no sería una fuente de admiración. Lo que logra ensalzar el dibujo de Bolívar es que junto a esos indicios de mala salud, debilidad, incluso de genio agrio, se contraponen otros indicios muy positivos, que le presentan resurgiendo siempre de sus cenizas: “El general se agarró sin fuerzas de las asas de la bañera, y surgió de entre las aguas medicinales con un ímpetu de delfín que no era de esperar en un cuerpo tan desmedrado” (p. 11); “No llevaba ninguna insignia de su rango ni le quedaba el menor indicio de su inmensa autoridad de otros días, pero el halo mágico del poder lo hacía distinto en medio del ruidoso séquito de oficiales” (p. 40).

Bolívar parece que está siempre a punto de morir, pero saca fuerzas de donde no las tiene para seguir luchando, para ofrecer lo mejor de sí mismo. Tal es su milagroso esfuerzo, que consigue domeñar hasta las turbulencias naturales: “Las bogas reaccionaron ante la voz descascarada pero todavía plena de una autoridad irresistible, y él se hizo cargo del

¹⁸ Véase como ejemplo la descripción que se hace de Bolívar en la página 146.

mando sin darse cuenta, hasta que superó la crisis” (p. 96). Pero todos estos intentos de regeneración tienen un único objetivo: la recuperación del gran país hispanoamericano:

En estos días había repetido con un énfasis renovado una vieja frase suya: “Yo estoy viejo, enfermo, cansado, desengañado, hostigado, calumniado y mal pagado”. Sin embargo, nadie que lo hubiera visto se lo habría creído. Pues mientras parecía que sólo actuaba en maniobras de gato escaldado para fortalecer al gobierno, lo que hacía en realidad era planear pieza por pieza, con autoridad y mando de general en jefe, la minuciosa máquina militar con que se proponía recuperar a Venezuela y empezar otra vez desde allí la restauración de la alianza de naciones más grande del mundo (p. 209).

El autor sabía qué retrato quería ofrecer de Bolívar y consigue lo que desea. En cambio, ningún empeño hubiera resultado útil si esta imagen no se revistiera de suficiente credibilidad. Para ello manipula el instrumento básico de la enunciación. En *El general en su laberinto* nos encontramos con un narrador heterodiegético (no es un personaje de la acción), extradiegético (cuenta la historia desde un nivel superior a ésta), pero que no hace uso de una focalización 0, es decir, no utiliza sus capacidades de narrador omnisciente, sino se limita a la visión que de la historia tienen los diferentes personajes que rodean a Simón Bolívar. Por lo tanto, el texto es uno de los mejores ejemplos de focalizaciones internas variables: “En *El general* todos los personajes contribuyen a entender la personalidad del Libertador”.¹⁹ Son focalizadores todas las personas de su entorno, como Manuela Sáenz, y su séquito, como José Palacios, el irlandés Belford Hilton Wilson, Agustín de Iturbide (hijo del general de la Independencia que se declaró emperador de México), Fernando Bolívar (su escribano y sobrino) o el general José María Carreño. A todos ellos hay que añadir las personas que se va encontrando durante el viaje, las comisiones de bienvenida, los propietarios de las casas que

¹⁹ Isabel Rodríguez de Vergara, *El mundo satírico de Gabriel García Márquez*, Madrid, Pliegos, 1991, p. 198.

le acogen, las visitas, las antiguas amantes, e incluso los personajes que aparecen en las analepsis, pues éstas también están narradas del mismo modo. Todo ello produce la sensación en el receptor de que Bolívar no era así porque lo notifique un narrador abstracto y ajeno a lo que se cuenta, sino porque así lo vieron todos los que lo conocieron.

Sin embargo, el narrador sale de esos límites autoimpuestos cuando lo cree conveniente. Lo demuestra el hecho de que estudiosos, como Carrascosa, a la vez que reconocen una narración en manos de los personajes, también se dan cuenta de la presencia de un narrador omnisciente.²⁰

El narrador tiene lícitamente estas facultades. Es capaz, sin que el lector tenga derecho a acusarle de estar haciendo trampa, de focalizar de manera omnisciente o a través de los personajes. Al mismo tiempo, puede abandonar sus prerrogativas, y, mediante paralipsis, contar menos de lo que en realidad sabe, o, al contrario, aparecer repentinamente como el dominador absoluto de la historia y dar una conclusión terminante de lo que está ocurriendo. Desde el primer capítulo se utilizan semejantes artificios. En él se intenta convencer al receptor de que la intención de Bolívar era realmente marcharse del país, y que su amenaza de irse no era una artimaña política para recuperar el poder. García Márquez presenta los hechos históricos que conducen a pensar que todo era una nueva intriga bolivariana: no tiene dinero para pagarse el viaje; tampoco tiene el pasaporte en regla para marcharse; y en otras muchas ocasiones había dicho que se iba (“Sus renuncias recurrentes estaban incorporadas al cancionero popular”, p. 22) para después quedarse en el continente americano a solidificar o volver a alcanzar el poder (p. 21).

Pese a todo, el narrador intenta disolver la evidencia y postular por las sinceras intenciones del protagonista. Para dar fiabilidad a la interpretación acude a la opinión de quienes mejor lo conocen: “De todos sus conocidos ella (Manuela Sáenz) era la única que lo creía: esta vez era verdad que se iba. Pero también era la única que tenía al menos un moti-

²⁰ Carrascosa, *op. cit.*, p. 51.

vo cierto para esperar que volviera” (p. 14). Sin embargo, es el narrador el que determina lo que ocurre, no sólo otorgando más credibilidad a unos testimonios que a otros, sino tomando él mismo partido:

Era el fin. El general Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios se iba para siempre. Había arrebatado al dominio español un imperio cinco veces más vasto que las Europas, había dirigido veinte años de guerras para mantenerlo libre y unido, y lo había gobernado con pulso firme hasta la semana anterior, pero a la hora de irse no se llevaba ni siquiera el consuelo de que se lo creyeran (p. 44).

No importa lo que sepa el narrador, porque lo que de verdad parece significativo es lo que está dispuesto a transmitir. Combinando poder ilimitado sobre la historia y focalización limitada de los personajes, logra el control absoluto de todos los datos sin perder un ápice de verosimilitud. Ese es el motivo por el que no proliferan los narradores intradieгéticos y, en consecuencia, por el que no se generan relatos metadieгéticos dentro de la narración. El tipo de focalización y la frecuencia de sueños y recuerdos serían propicios para permitir que otra voz contara ciertos hechos, pero éstos siguen perteneciendo mayoritariamente a la voz del narrador. De este modo, el absorbente narrador hace de ellos relatos metadieгéticos reducidos o pseudodieгéticos. Es decir, cuenta como dieгético, en el mismo nivel narrativo que la historia que lo encuadra, el relato que en origen sería metadieгético. Así, al no perder el control sobre cada historia, puede narrarlas como mejor le convenga.

Esto sucede con el encuentro en Jamaica entre Bolívar y Miranda Lindsay en 1815, que se tiene por uno de los mayores logros de la novela (“Es una deliciosa historia que mezcla romance, suspenso e intriga política con el equilibrio de un relato clásico. El arte de García Márquez hace de esas páginas un medallón perfecto, un cuentecillo insertado en la novela”).²¹ No es difícil suponer que son Miranda o Bolívar quienes recuerdan

²¹ José Miguel Oviedo, “García Márquez en el laberinto de la soledad”, en Túa Blesa [ed.], *Quinientos años de soledad: actas del Congreso “Gabriel García Márquez”*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1997, p. 79.

el momento en el que se conocieron, cuando quince años después la vida vuelve a cruzar sus caminos. A pesar de esto, ni la señora Lindsay ni el general son los encargados de vocalizar el recuerdo, sino que es el narrador extradiégético el que se ocupa de él, ya que parecía demasiado arriesgado poner en boca de otro un instante en el que se exponen las ideas de Simón Bolívar antes de emprender la segunda y definitiva campaña de la Independencia. Esta pequeña historia ficticia (Miss Lindsay es un personaje inventado) parece extraer el contenido de la “Carta de Jamaica”. Sin embargo, en virtud de sus capacidades de enunciador, se dice de este texto histórico lo que más conviene al propósito de la obra:

Habló sin reposo, con un estilo docto y declamatorio, soltando sentencias proféticas todavía sin cocinar, muchas de las cuales estarían en una proclama épica publicada días después en un periódico de Kingston, y que la historia había de consagrar como *La Carta de Jamaica*. “No son los españoles, sino nuestra propia desunión lo que nos ha llevado de nuevo a la esclavitud”, dijo. Hablando de la grandeza, los recursos y los talentos de América, repitió varias veces: “Somos un pequeño género humano”. De regreso a casa, su padre le preguntó a Miranda cómo era el conspirador que tanto inquietaba a los agentes españoles de la isla, y ella lo redujo a una frase: “He feels he’s Bonaparte” (p. 85).

Las anteriores líneas condensan tres planteamientos: el primero de ellos indica que es la desunión entre los hispanoamericanos la que ha hecho fracasar el inicial intento de Independencia. Esta desunión aparece desarrollada en la *Carta de Jamaica*, pero no como la causa del fracaso, pues en el documento real éste se achaca al hecho de que los promotores de la Independencia no tenían suficiente pericia política.²²

En realidad, la idea de unión y desunión no aparece en el citado documento histórico tal y como se entiende en la novela. En la *Carta de Jamaica* la unión de Hispanoamérica es un saludable desiderátum, pero el momento de la unión sólo llegará tras muchos años de Independencia:

²² Cito de Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1972, pp. 150-176.

¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración [...].²³

En el presente, los esfuerzos deben estar dirigidos hacia la formación de gobiernos estables y posibles,²⁴ y apunta la conveniencia de la división de Hispanoamérica en 15 o 17 estados independientes con formas de gobierno distintas, en razón de su realidad histórica, política y social. Por lo tanto, el anhelo de unidad no era entonces un objetivo perentorio de Bolívar como da a entender la novela.

En segundo lugar, es cierto que la *Carta* se refiere a Hispanoamérica como un pequeño género humano, pero no por sus riquezas y potencialidades, sino por las incógnitas de su futuro:

¿Se pudo prever, cuando el género humano se hallaba en su infancia rodeado de tanta incertidumbre, ignorancia y error, cuál sería el régimen que abrazaría para su conservación? ¿Quién se habría atrevido a decir tal nación será república o monarquía, esta será pequeña, aquella grande? En mi concepto, esta es la imagen de nuestra situación. Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares; nuevos en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejos en los usos de la sociedad civil.²⁵

Por último, habría que discutir si en ese momento Simón Bolívar se sentía ya como un Napoleón Bonaparte de Hispanoamérica. Es posible que en los años posteriores el Libertador cobrara cierta conciencia de enviado o incluso de salvador, pero en el texto de la *Carta* rechaza que cualquier actuación individual sea capaz de solucionar todos los problemas del subcontinente.

²³ *Ibid.*, p. 173.

²⁴ *Ibid.*, p. 167.

²⁵ *Ibid.*, p. 159.

En resumen, el Bolívar real de 1815 no es incompatible con el Bolívar garciamarquiano de 1815, pero ni mucho menos es el mismo. Podríamos hacer extensivo este caso a la relación entre personaje histórico y personaje de ficción en toda la novela, ya que el autor utiliza su libro para ofrecer su propia interpretación de la figura de Bolívar: el paladín único y la fuerza irrefrenable, más allá de la enfermedad y la muerte, de la unidad hispanoamericana. Llegados a este punto conviene recordar lo que García Márquez dijo del César de Thornton Wilder: “A fin de cuentas, *Los idus de marzo* es sólo una hipótesis sobre la personalidad de César. Pero es una hipótesis que tal vez supere la realidad”.²⁶

LA PROYECCIÓN DEL MITO DE SIMÓN BOLÍVAR

Deberíamos preguntarnos si esta nueva imagen de Simón Bolívar no es, en verdad, un nuevo mito. Que *El general en su laberinto* no sea una “novela total” como *Cien años de soledad*, no quiere decir que haya una renuncia a los contenidos míticos.²⁷

Los mitos siguen siendo posibles en el entramado de esta novela histórica, tanto por su condición de novela, como por su apelativo de histórica. Si acudimos a Mircea Eliade hemos de reconocer que *El general en su laberinto* tiene las capacidades míticas de toda prosa narrativa de ficción: “La prosa narrativa, la novela especialmente, ha ocupado en las sociedades modernas, el lugar que tenía la recitación

²⁶ Gabriel García Márquez, “Los idus de marzo”, 30 de septiembre de 1981, en García Márquez, *Notas de Prensa. Obra periodística (5)*..., p. 204.

²⁷ Tanto Teodosio Fernández “Entre el mito y la historia: las últimas obras de Gabriel García Márquez”, en Blesa, *op. cit.*, pp. 47-53 como Roberto González Echevarría, “García Márquez y la voz de Bolívar”, en Juan Cobo [comp.] y Luis García Núñez [ed.], *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1995, vol. II, pp. 311-329 apuntan, desde diferentes perspectivas, que García Márquez renunció en *El general en su laberinto* a ofrecer explicaciones totales de la realidad hispanoamericana y, de ese modo, renunció a las reinterpretaciones trascendentes de la mencionada realidad.

de los mitos y de los cuentos en las sociedades tradicionales y populares”²⁸.

Además, si *El general* es de verdad un comentario a la actual situación hispanoamericana, como subraya González Echevarría, ¿no es lógico pensar que el lector contemporáneo hispanoamericano pueda enfrentar esta narración sobre Bolívar como un mito de su propia conciencia? Más aún cuando el tiempo de la novela en cuestión se manipula, tal y como se ha visto en epígrafes anteriores, con connotaciones antirrealistas: “Se adivina en la literatura, de una manera aún más fuerte que en las otras artes, una rebelión contra el tiempo histórico, el deseo de acceder a otros ritmos temporales que no sean aquel en el que se está obligado a vivir y a trabajar”²⁹.

El tiempo en *El general* no sólo tiene connotaciones míticas por su tratamiento novelado, sino también porque posee como referente un tiempo histórico que se remonta a los orígenes de la Hispanoamérica independiente. Eliade, al plantear las relaciones entre mito e historiografía, aseguró que el tiempo de los orígenes culturales es el que más se parece al tiempo mítico.³⁰

La destrucción del mito antiguo

García Márquez aprovecha este potencial para crear su propio mito de Bolívar. Para ello, debe empezar destruyendo lo que él cree que es el

²⁸ Mircea Eliade, *Aspectos del mito*, Barcelona, Paidós, 1988, p. 162.

²⁹ *Ibid.*, p. 163.

³⁰ *Ibid.*, p. 121. Es más, la relación de la novela hispanoamericana con la historiografía de los orígenes (sobre todo la del Descubrimiento) ha sido estudiada por numerosos investigadores. Incluso el público llega a dar más fiabilidad a la interpretación histórica del novelista que a la del propio historiador: “Todas estas características hacen que los americanos se fijen más de la visión e interpretación de su historia que dan las novelas, que la que dan los libros de Historia que, por las diversas manipulaciones, requieren de más actos de fe que las propias novelas”, José Miguel Oviedo, “García Márquez en el laberinto de la soledad”, en Blesa, *op. cit.*, p. 78.

mito vigente, que desde su punto de vista no es una historia funcional como debe serlo un mito, sino un cuento muerto, de compromiso, un mito para acallar y complacer conciencias. No es extraño que García Márquez en su producción periodística postule que el cambio de la realidad presente ha de empezar con la transformación de la enseñanza de la historia.³¹

La destrucción del mito no sólo debe alcanzar a Bolívar (remito a todo lo dicho en este artículo sobre la construcción del personaje en la novela), sino también a la identidad del ser hispanoamericano. Tanto en su obra periodística como en la novela hay una voluntad de rebajar el alto, para García Márquez excesivo, concepto que el hispanoamericano tiene de sí mismo. En la novela acusa al colombiano/hispanoamericano contemporáneo de Simón Bolívar de la frustración de la unidad hispanoamericana: “‘En suma’, concluyó el general, ‘todo lo que hemos hecho con las manos lo están desbaratando los otros con los pies’” (p. 26).

La descripción de la salida de Bolívar de Santa Fe de Bogotá está cargada de simbolismo. El narrador se esfuerza por hacer ver que Bogotá despidió a su Libertador con menos consideración que al virrey español Juan Sámano, a quien no le faltó “quien lo llorara desde los balcones y le tirara una flor y le deseara de todo corazón mar tranquila y próspero viaje” (p. 19). Bogotá desprecia a Bolívar a pesar de que ésta ha sido la ciudad predilecta del general:

Y sin embargo, aunque entonces le pareciera una burla de la imaginación, era ésa la misma ciudad de brumas y soplos helados que él había escogido desde antes de conocerla para edificar su gloria, la que había amado más que a ninguna otra, y la había idealizado como centro y razón de su vida y capital de la mitad del mundo (p. 48).

Quizá donde más claramente se refleja esta destrucción del mito del “ser hispanoamericano/colombiano” es en el desprecio de otro mito de la

³¹ Gabriel García Márquez, “Por un país al alcance de los niños”, Comisión de Ciencia, Educación y Desarrollo del Gobierno colombiano, Bogotá, 1994, en García Márquez, *Por la libre. Obra periodística (4)*..., pp. 314-315.

sociedad colombiana: la figura del general Santander. A Santander se le ha considerado el padre de la nación colombiana, y en la novela no se desperdicia ocasión para atribuirle estrechez de miras:

[...] No: no fueron éstos ni otros tantos los motivos que causaron la terrible ojeriza que se fue agriando a través de los años, hasta culminar con el atentado del 25 de septiembre. “La verdadera causa fue que Santander no pudo asimilar nunca la idea de que este continente fuera un solo país”, dijo el general. “La unidad de América le quedaba grande” (p. 125).

“Los otros” (las mezquindades de los individuos y los grupos) han cercenado el sueño de la “unidad de Hispanoamérica”. Sin embargo, las recriminaciones también alcanzan a los propios forjadores del sueño unificador. Así, Bolívar concluye en el último capítulo: “No fue la perfidia de mis enemigos sino la diligencia de mis amigos lo que acabó con mi gloria” (p. 238).³²

En consecuencia, estas páginas desmontan el mito de la Independencia, al hacer evidente que la idea primera de la Independencia ha fracasado. Se han independizado de España, pero no de los prejuicios propios y heredados. Se deja ver que la Independencia ha traído miseria material (p. 176), desamparo espiritual (p. 190) y ha sido malinterpretada: ““Es una burla del destino”, dijo el mariscal Sucre. “Tal parece como si hubiéramos sembrado tan hondo el ideal de la independencia, que estos pueblos están tratando ahora de independizarse los unos de los otros”” (p. 26).

Si tenemos en cuenta las opiniones sobre la situación del subcontinente que durante los años setenta y ochenta el escritor vertía en la prensa y, a la vez, valoramos las interpretaciones que se dan en este libro sobre la Independencia, creo que no es arriesgado pensar que García Márquez compara el fracaso de la idea de la Independencia “unificada” con el declive de las esperanzas que una parte de ideólogos hispano-

³² En los momentos finales de la novela, Bolívar insultará agriamente a sus generales más fieles, aquellos que nunca le abandonaron (pp. 223-224).

americanos habían fraguado durante los años sesenta, tras el triunfo de Fidel Castro. Muchos sectores de la izquierda compartieron la opinión de que era posible extender desde Cuba el ideario de la Revolución. Sin embargo, la solución tanto guerrillera como política se había colapsado en la segunda mitad de los setenta con el fracaso de varios proyectos revolucionarios y el advenimiento de dictaduras militares. Por ello, se muestra la necesidad de reformular la “solución revolucionaria” despojándola de sus contenidos míticos. Este es el *leitmotiv* de la entrevista que García Márquez hizo a Régis Debray a finales de 1977. La defensa que hace Debray de un nuevo concepto de la revolución corresponde al planteamiento de García Márquez en la escritura de *El general*:

Debray: Creo que a la revolución hay que quitarle en algún momento de su vida la odiosa mayúscula, para volver a darle la grandeza de lo cotidiano, de lo real, de los diminutos individuos que somos todos, con todo nuestro cuerpo, nuestros sueños y sensaciones [...].

García Márquez: ¿No estás tratando de hacer un poco de desmitificación histórica?

Debray: No es desmitificación, es una verdadera moral revolucionaria: descubrir no ya sólo el “porqué” sino también el “cómo”, decir lo que es y no lo que debe ser. Para eso, precisamente, está hecha la novela. La retórica política conjuga todos los verbos en tiempo futuro, mientras que la novela no se ocupa sino del presente, y sobre eso hay mucho que hacer, pues en general de lo que menos se habla es de realidad.³³

A pesar de esta llamada a la recuperación de la realidad tal y como es, los viejos ideales deben seguir rescatándose a través de la memoria.³⁴ *El general en su laberinto* defiende la restitución de la identidad histórica, porque García Márquez en el fondo cree que las posiciones ideológicas no han cambiado desde la Independencia. La confrontación sigue estando entre los partidarios de la unidad hispanoamericana y los

³³ Gabriel García Márquez, “Revolución se escribe sin mayúsculas (Entrevista a Régis Debray)”, *Alternativa*, núms. 146 y 147, 26 de diciembre de 1977 y 20 de enero de 1978, en García Márquez, *Por la libre. Obra periodística (4)*..., 1999, pp. 199-200.

³⁴ *Ibid.*, p. 201.

contrarios a ella, es decir, entre pro-bolivarianos y anti-bolivarianos: “La verdad es que aquí no hay más partidos que el de los que están conmigo y el de los que están contra mí, y usted lo sabe mejor que nadie’, concluyó” (p. 81).

Como ya dije en las primeras páginas de este artículo, el escritor colombiano es consciente de que el proyecto unitario es irrealizable, pero lo expone como meta a la que Hispanoamérica debe aspirar. Por ello creo que no es arriesgado afirmar que en *El general en su laberinto* se intenta construir en la figura de Bolívar un mito para el futuro.³⁵

El mito para el futuro

García Márquez pretende destruir lo que él cree que es el mito acartonado y viejo de la historiografía hispanoamericana y, tras esto, construir un mito vivo, una figura simbólica que empuje a Hispanoamérica hacia el futuro.

Mircea Eliade considera que un mito es aquella historia de características fabulosas-originarias que en la sociedad en la que está instaurada se tiene como verdadera. Por lo tanto, el mito es funcional, tiene unas consecuencias en esa sociedad. En toda civilización el conocimiento del mito conlleva la adquisición de un poder mágico-religioso. En efecto, conocer el origen de un objeto, de un animal, de una planta, etc., equivale a adquirir sobre ellos un poder mágico, gracias al cual se logra dominarlos, multiplicarlos o reproducirlos a voluntad. Siguiendo este razonamiento, García Márquez pretendería conocer y mostrar el origen del mundo hispanoamericano para ayudar a cambiarlo.

³⁵ Ciertos sectores de la crítica se han esforzado por descubrir en la estructura profunda del personaje de Bolívar una repetición del esquema mesiánico de Jesucristo: llega al mundo para salvar a su pueblo; es condenado por su pueblo y acaba simbolizando una esperanza para el futuro, véase Rodríguez de Vergara, *op. cit.*, pp. 197-224. Aunque no comparto tal interpretación, ésta demuestra de manera fehaciente que en la novela se aprecian significados que trascienden la propia identidad histórica de Bolívar.

Eliade indica que una característica del comportamiento mítico es su convencimiento de que se puede regenerar la realidad³⁶ mediante la recuperación del mito a través de la memoria. En consecuencia, en la mayoría de las sociedades olvidar es morir, mientras que recordar es resucitar a una nueva vida. No cabe duda de que *El general en su laberinto*, por su trasfondo de novela histórica, es un acto de memoria y, con ello, un velado comportamiento mítico. El citado polígrafo añade que también es reconocible un esfuerzo por recobrar la perfección de la realidad a través de la repetición de ciertas ceremonias, que representan los acontecimientos del origen. El narrador de *El general* incluye en su discurso y en el de los personajes momentos en los que se anima a repetir el hecho de la Independencia, a volver a empezar desde el principio:

“¡Se echó a perder el mundo, viejo Simón!”, dijo Lorenzo Cárcamo.
“Nos lo echaron a perder”, dijo el general. “Y lo único que queda ahora es empezar otra vez desde el principio”.
“Y lo vamos a hacer”, dijo Lorenzo Cárcamo.
“Yo no”, dijo el general. “A mí sólo me falta que me boten al cajón de la basura” (p. 126).

Esta afirmación se contradice con los posteriores actos del general, a quien se presenta en los últimos capítulos intentando repetir la guerra de la Independencia para recuperar la unidad: “A partir de entonces, aquélla había de ser su idea fija. Empezar otra vez desde el principio, sabiendo que el enemigo estaba dentro y no fuera de la propia casa” (p. 206).

³⁶ La visión mítica de la regeneración no es ajena a la civilización occidental contemporánea. Esta visión precede al milenarismo cristiano: durante la historia del cristianismo se produjeron movimientos milenaristas que se enfrentaron a la Iglesia oficial, que los rechazó cuando el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Imperio. Su modelo de pensamiento se podría resumir en su convicción de que el mundo estaba corrompido y que se aproximaba la destrucción de las fuerzas del mal y la restauración del paraíso sobre la tierra. En el campo de las religiones, el milenarismo ha quedado reducido a unas pocas sectas de origen cristiano de reciente creación, pero sobre todo influyó en los grandes movimientos totalitarios del XX: el comunismo y el nacionalsocialismo. El esquema es idéntico: el mundo es un caos; los elegidos lucharán contra las huestes del mal; los elegidos recobrarán la perfección el mundo.

Bolívar no alcanza su objetivo, y parece morir en una situación aún más penosa que la que tenía al comienzo de la novela. En el párrafo final de la obra se encuentran expresiones como “no lo volvería a repetir”, “su tarde final”, “se iba para siempre”, “no vería florecer”, “los últimos fulgores de la vida que nunca más, por los siglos de los siglos, volvería a repetirse” (p. 269), que inciden en la idea de que Bolívar no regresará a completar su obra. Sin embargo, esto no quiere decir que su proyecto no deba ser retomado y repetido por el pueblo hispanoamericano:

En aquél, su último viaje, el sueño estaba ya liquidado, pero sobrevivía resumido en una sola frase que él repetía sin cansancio: “Nuestros enemigos tendrán todas las ventajas mientras no unifiquemos el gobierno de América” (p. 105).

Como he señalado más arriba, en la obra periodística de estos años García Márquez insiste en la conveniencia de resolver los problemas de la América hispana mediante la unidad de todos sus pueblos, más allá de intereses particulares e ideologías.³⁷ Es significativa la euforia que ha demostrado en las ocasiones en las que varios países hispanoamericanos han llegado a algún acuerdo, por muy general y básico que fuera.³⁸

Recuperar el aliento de la Independencia es, entre otras cosas, conseguir una unidad sin tutelas. García Márquez no desea la intromisión de las potencias no hispanoamericanas, ni siquiera cuando sus intenciones parecen buenas,³⁹ del mismo modo que el Bolívar personaje rechaza los consejos europeos:

³⁷ Véase Gabriel García Márquez, “El general Torrijos sí tiene quien le escriba”, *Alternativa*, núm. 117, mayo de 1977, en García Márquez, *Por la libre. Obra periodística (4)*..., pp. 157-159.

³⁸ Gabriel García Márquez, “Contadora, cinco meses después”, 13 de julio de 1983, en García Márquez, *Notas de Prensa. Obra periodística (5)*..., pp. 516-519.

³⁹ Gabriel García Márquez, “El fantasma para el progreso”, 3 de marzo de 1982, en García Márquez, *Por la libre. Obra periodística (4)*..., pp. 282-284.

“Así que no nos hagan más el favor de decirnos lo que debemos hacer”, concluyó. “No traten de enseñarnos cómo debemos ser, no traten de que seamos iguales a ustedes, no pretendan que hagamos bien en veinte años lo que ustedes han hecho tan mal en dos mil”.

Cruzó los cubiertos sobre el plato, y por primera vez fijó en el francés sus ojos en llamas:

“¡Por favor, carajos, déjenos hacer tranquilos nuestra Edad Media!” (pp. 131-132).

No obstante, este texto ha de entenderse no como una reconvencción a los europeos, sino como un aviso a navegantes contra los estadounidenses: “Ni tampoco se vaya con su familia para los Estados Unidos, que son omnipotentes y terribles, y con el cuento de la libertad terminarán por plagarnos a todos de miserias” (p. 227).

No soy capaz de terminar sin hacer un último apunte. Ante el Bolívar literario de *El general en su laberinto* resulta imposible no acordarse de que García Márquez pensó, y quizá piensa, que Fidel Castro había demostrado, con el ejemplo de Cuba, que es posible una Hispanoamérica próspera y libre.⁴⁰ No creo que se pueda afirmar, con la alegría que lo han hecho algunos comentaristas de la obra como Fabio Zambrano,⁴¹ que el Bolívar de este texto sea un *alter ego* de Fidel Castro, pero la opinión que García Márquez tiene sobre Cuba sirve para concluir sin ninguna vacilación que el colombiano concibe su propio “milagro” hispanoamericano: una América grande, INDEPENDIZADA de la sombra de Estados Unidos. Vuelvo, sin quererlo, al mito de la unidad y de la Independencia.

⁴⁰ En “Cuba de cabo a rabo”, García Márquez presenta una visión idílica de la isla, Gabriel García Márquez, “Cuba de cabo a rabo”, *Alternativa*, núms. 51, 52, 53, agosto y septiembre de 1975, en García Márquez, *Por la libre. Obra periodística (4)*..., pp. 61-62.

⁴¹ Cfr. Virginia Gil Amate, “*El general en su laberinto*: la historia como ficción”, en Blesa, *op. cit.*, p. 534.

CONCLUSIÓN. BOLÍVAR, LA OPORTUNIDAD DE HISPANOAMÉRICA

La fuerza de esta novela como configuradora de un nuevo mito queda confirmada por la violencia de la polémica que en Hispanoamérica se generó en torno a ella: los historiadores Germán Arciniegas y Fabio Zambrano la consideraron tan maniquea como los propios libros de historia,⁴² y la opinión pública colombiana se volvió a enzarzar en la vieja disputa entre bolivaristas y santaderistas.⁴³

Salomón Kalmanovitz advirtió, para su disgusto, que Gabriel García Márquez bajaba a Bolívar de su pedestal oficial, pero, al mismo tiempo, le subía en otro, adornado de nuevos y distintos oropeles⁴⁴ y criticaba a García Márquez por buscar en la idealización del pasado las soluciones al presente.

Sólo los fanáticos del Libertador pudieron ver una minusvaloración del héroe, y hasta los enemigos de la desmitificación humana del general reconocieron que el semblante ideológico del Bolívar literario resultaba claramente favorecedor.⁴⁵

Me gustaría terminar con una cita de Gastón Baquero, que aparca cualquier atisbo de racionalidad o de intención científica, para dedicar a la novela los vítores más encendidos:

⁴² Cfr., *ibid.*, pp. 533-534.

⁴³ José Miguel Oviedo, "García Márquez en el laberinto de la soledad", en Blesa, *op. cit.*, pp. 74-75.

⁴⁴ Salomón Kalmanovitz, "Otro académico desalmado", en Cobo y García Núñez, *op. cit.*, p. 285. También ve una idealización del personaje Francisco Tovar, "El general en su laberinto, otra imagen pagana de la historia", en Blesa, *op. cit.*, pp. 315-321.

⁴⁵ Enrique de Gandía, en apariencia un bolivariano convencido, se molesta al comienzo de su artículo por la humanidad descarnada del Libertador, cree que no es necesario precisar detalles de la vida cotidiana que nos son comunes a todos los humanos. Pese a todo, considera que el fin de Bolívar se explica en sus justos términos: "No es un libro contra Bolívar, como han dicho algunos críticos, por mostrar sus enfermedades y debilidades humanas. Es un libro que nos explica un fracaso que no es de Bolívar, sino de los pueblos o jefes federalistas hispanoamericanos", Enrique de Gandía, "El general en su laberinto", en Cobo y García Núñez, *op. cit.*, p. 309.

¡Aquí está por fin, viviente, palpitante, humano, Simón Bolívar! No hay la menor mistificación, ni hay mitificación exagerada y ridícula, o desmitificación grosera, como es lo frecuente con Bolívar. Quienes nos damos de amar mucho y conocer muy poco al Libertador, nos cuadramos ante Gabriel García Márquez como revivificador y mágico insuflador de existencia real en el ser de carne y hueso que fue Simón Bolívar.⁴⁶

Es cierto. Estamos ante un Bolívar “viviente, palpitante, humano” para los que aman al Libertador, aunque no conozcan demasiado su historia. Porque, en realidad, lo que menos importa de esta novela histórica es la Historia. El interés de la obra, y, por lo tanto, el de García Márquez, está en mostrar a un ídolo vibrante y nuevo, inspirador de futuras hazañas, héroe de una nueva Independencia que recupere la oportunidad de Hispanoamérica.

⁴⁶ Gastón Baquero, “Bolívar real y vivo”, en *ibid.*, pp. 339-340.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- BAL, MIEKE, *Teoría de la narrativa (una introducción a la narratología)*, Madrid, Cátedra, 1995, 164 pp.
- BARTHES, ROLAND, *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós Comunicación, 1997, 352 pp.
- BAQUERO, GASTÓN, “Bolívar real y vivo”, en Juan Cobo [comp.] y Luis García Núñez [ed.], *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1995, vol. II, pp. 337-340.
- BOBES, MARÍA DEL CARMEN, *Teoría general de la novela*, Madrid, Gredos, 1985, 395 pp.
- BOLÍVAR, SIMÓN, *Carta de Jamaica*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1972, pp. 150-176.
- CARRASCOSA MIGUEL, PABLO, *El general en su laberinto. Gabriel García Márquez*, Madrid, Castalia, 1989, 91 pp.
- ELIADE, MIRCEA, *Aspectos del mito*, Barcelona, Paidós, 1988, 174 pp.
- FERNÁNDEZ, TEODOSIO, “Entre el mito y la historia: las últimas obras de Gabriel García Márquez”, en Túa Blesa [ed.], *Quinientos años de soledad: actas del Congreso “Gabriel García Márquez”*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1997, pp. 47-53.
- GANDÍA, ENRIQUE DE, “*El general en su laberinto*”, en Juan Cobo [comp.] y Luis García Núñez [ed.], *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1995, vol. II, pp. 291-310.
- GARCÍA CONDE, LUISA, “*El general en su laberinto: un encuentro con la historia de América Latina*”, en Túa Blesa [ed.], *Quinientos años de soledad: actas del Congreso “Gabriel García Márquez”*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1997, pp. 511-519.
- GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL, *El general en su laberinto*, Madrid, Mondadori, 1989, 286 pp.
- , *Notas de prensa. Obra periodística (4)*, Barcelona, Mondadori, 1999, 634 pp.

- _____, *Por la libre. Obra periodística (5)*, Barcelona, Mondadori, 1999, 336 pp.
- _____, y MENDOZA, PLINIO A., *El olor de la guayaba*, Barcelona, Mondadori, 1994, 163 pp.
- GENETTE, GERARD, *Figuras III*, Barcelona, Editorial Lumen, 1989, 338 pp.
- _____, *Nuevo discurso del relato*, Madrid, Cátedra, 1998, 117 pp.
- GIL AMATE, VIRGINIA, “El general en su laberinto: la historia como ficción”, en Túa Blesa [ed.], *Quinientos años de soledad: actas del Congreso “Gabriel García Márquez”*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1997, pp. 531-535.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, ROBERTO, “García Márquez y la voz de Bolívar”, en Juan Cobo [comp.] y Luis García Núñez [ed.], *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1995, vol. II, pp. 311-329.
- HAHN, HANNELORE, *The influence of Franz Kafka on three novels by Gabriel García Márquez*, Nueva York, Lang, 1993, pp. 58-79.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, MARIO, “Bolívar en presencia de la muerte. *El general en su laberinto*, novela de García Márquez”, *Mar Océana*, núm. 7, marzo, 2001, pp. 83-89.
- JÜNGER, ERNST, “Lo humano universal, el Bolívar de García Márquez”, en Juan Cobo [comp.] y Luis García Núñez [ed.], *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1995, vol. II, pp. 331-335.
- KALMANOVITZ, SALOMÓN, “Otro académico desalmado”, en Juan Cobo [comp.] y Luis García Núñez [ed.], *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1995, vol. II, pp. 285-289.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, MARÍA ISABEL, “De las formas expresivas a la visión del mundo en *El general en su laberinto* de Gabriel García Márquez”, en Túa Blesa [ed.], *Quinientos años de soledad: actas del Congreso “Gabriel García Márquez”*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1997, pp. 609-617.

- LÓPEZ MICHELSEN, ALFONSO, “Me devoré tu último libro”, en Juan Cobo [comp.] y Luis García Núñez [ed.], *Repertorio crítico sobre Gabriel García Márquez*, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1995, vol. II, pp. 280-281.
- MÉNDEZ, JOSÉ LUIS, *Cómo leer a Gabriel García Márquez: una interpretación sociológica*, Río Piedras, Editorial Universidad de Puerto Rico, 1992.
- OVIEDO, JOSÉ MIGUEL, “García Márquez en el laberinto de la soledad”, en Túa Blesa [ed.], *Quinientos años de soledad: actas del Congreso “Gabriel García Márquez”*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1997, pp. 73-80.
- RODRÍGUEZ-VERGARA, ISABEL, *El mundo satírico de Gabriel García Márquez*, Madrid, Editorial Pliegos, 1991, pp. 197-224.
- TOVAR, FRANCISCO, “*El general en su laberinto*, otra imagen pagana de la historia”, en Túa Blesa [ed.], *Quinientos años de soledad: actas del Congreso “Gabriel García Márquez”*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1997, pp. 315-321.